

EL ARTE DE NO TENER TALENTO

ANTONIO GARCÍA VILLARÁN

REVOLUCIÓN HAMPARTE



Antonio García Villarán

EL ARTE DE NO TENER TALENTO
REVOLUCIÓN HAMPARTE

m̄

© Antonio García Villarán, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Diego Carrillo
Imagen de cubierta: © Claudia Ruiz Cívico
Ilustraciones de cubierta e interior: cortesía del autor
Primera edición: abril de 2019
ISBN: 978-84-270-4560-6
Depósito legal: B. 6.832-2019
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Black Print

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
I. ¿Qué es el Hamparte?	17
II. De dónde venimos y hacia dónde vamos en el arte	29
III. Lo peor del impresionismo	36
IV. Las vanguardias y los «ismos» como inicio del derrumbe	45
V. El arte de los locos como base del surrealismo	52
VI. La invención del arte abstracto	68
VII. ¿Hiperrealismo o «hiperrelamismo»?	90
VIII. Radicalismo: <i>performances</i> y acciones	102
IX. El grafiti y el <i>Street Art</i> están de moda	118
X. ¿Censura o <i>marketing</i> ?	131
XI. Las mujeres en el arte	141
XII. Villanías en el mundo del arte actual	161
XIII. Galerías, museos y ferias de arte obsoletos	182
XIV. Revolución Hamparte	209
<i>Bibliografía</i>	215

I

¿QUÉ ES EL HAMPARTE?

«**H**amparte», neologismo contemporáneo, es hijo de su tiempo. Surge de la red y desde ella está conquistando y convenciendo a personas de todo el mundo. Tiene su origen en un vídeo que publiqué el día 8 de junio de 2017 en el que quise dar respuesta a todos los que discuten continuamente sobre lo que es arte y lo que no.

A mí me gusta utilizar palabras que están en desuso o que no se escuchan fácilmente en el lenguaje coloquial. Vocablos antiguos y también de la historia reciente, como por ejemplo «julay» (cuando en mi tierra quieres llamar tonto a alguien), «talego» (cárcel), «tigre» (referido a los baños públicos) o «hampa» (conjunto de maleantes, especialmente de los organizados en bandas y con normas de conducta particulares). Usé esta última unida a la palabra «arte» para crear «Hamparte». No lo hice para que la palabra perdurara en el tiempo, pero ha sido la red la que le ha dado la importancia que tiene hoy. Algo que empezó como una broma ha resultado ser un término que se utiliza coloquialmente. No son pocos los mensajes que me llegan diciendo que,

por ejemplo, en Argentina han escuchado en un autobús cómo una señora la usaba cuando hablaba con otra. «Hampa» más «arte» define un conjunto de baja condición espiritual y ética unidos en sociedad y que, según mi criterio, cometen todo tipo de delitos artísticos y usan una jerga que nos hace parecer a los demás ignorantes.

Aunque el vídeo donde pronuncié por primera vez la palabra era una contestación a ciertas declaraciones de la crítica de arte Avelina Lésper, mientras intentaba encontrar un término menos radical a sus casi siempre acertadas apreciaciones, quería además aportar un nuevo concepto a las teorías de Joseph Beuys cuando afirmaba en su conocido ensayo, *Cada hombre un artista*, que todo ser humano tiene la capacidad de hacer arte. Yo pienso igual, pero habría que puntualizar: si todo ser humano hace arte significa que todos somos artistas. Y aquí está el problema, pues si aceptamos que arte es lo que el artista llama arte se produce el fenómeno de que todo es arte. Por lo tanto, si todo es arte nada lo es. Si cogemos como ejemplo uno de los *ready-mades* de Marcel Duchamp, la conocida pala quitanieves que compró en 1915 en Nueva York, sobre la que escribió *In Advance of the Broken Arm (En previsión del brazo roto)*, y aceptamos que es una obra de arte, significa que el simple hecho de la elección del objeto lo convierte mágicamente en algo que no es. Y si aceptamos además que todos somos artistas, cualquier cosa que yo señale se convertiría en arte con todo lo que esto implica. El Hamparte no niega esto. Claro que todo puede ser arte, pero con matices. Una obra de Hamparte carece empíricamente de valor económico y suele estar sustentada por un concienzudo texto explicativo sin el cual, con toda probabilidad, no estaría expuesta en un museo.

La palabra fue creciendo y siendo más conocida y usada. Cada vez recibía más mensajes pidiéndome que definiera qué era concretamente el Hamparte y un año después, el 10 de junio de 2018, publiqué un vídeo que contenía el *Manifiesto Hamparte*. Estos son sus puntos:



1. Si uno o varios objetos fabricados en serie y que además están a la venta en el mercado común son presentados como obra de arte, es Hamparte.

2. Si la obra consiste simplemente en la elección de un objeto (*l'objet trouvé*, *found art* o *ready-made*) que es convertido mágicamente en obra de arte por el hecho de colocarlo en un espacio expositivo cualquiera, es Hamparte.

3. Si no es necesario tener talento para realizar una obra como la que se muestra, si está llena de lugares comunes e ideas manidas, es Hamparte.

4. Si el único valor que tiene la obra está sustentado fundamentalmente por un concienzudo texto teórico/filosófico/político que no encuentra su reflejo real en la obra, es Hamparte.

5. La fantástica y mágica atribución de valores inexistentes a objetos que son comercializados en el mercado del arte con precios exorbitantes es Hamparte.

6. Un artista nunca se gana el derecho de ser artista. Tiene que demostrarlo continuamente. Aunque haya hecho una gran

obra de arte, esto no significa que todo lo que haga sea arte. Puede hacer Hamparte consciente o inconscientemente. Si lo hace inconscientemente será un hampartista puro. Si lo hace de manera consciente, para evidenciar y denunciar lo que está ocurriendo en el mercado y en el mundo del arte, o bien por el simple placer de hacerlo, es un hampartista realista. Pero todas las obras que se creen bajo estos términos serán Hamparte.

7. En definitiva, el arte de no tener talento es Hamparte.

La red respondió de manera masiva creando numerosas páginas en diferentes redes sociales dedicadas a mostrar obras de Hamparte. Esto generó un diálogo virtual que llevó a la creación de varios *hashtags* que se usan cuando se detectan este tipo de obras: *#hampartepuro #hayHamparteportodaspartes #hamparterralista*, etc. Cuentas de Instagram de artistas como Damien Hirst, Yoko Ono o Jeff Koons están sembradas de *#hamparte*. Tengo que aclarar que yo no he creado ninguna de estas cuentas y tampoco dirijo ninguna. Toda esta revolución es un movimiento social orgánico que responde al hartazgo generalizado de la gente que observa estupefacta pirámides de papel higiénico en salas de exposiciones valoradas en más de noventa mil euros, avaladas por la crítica y apoyadas por el mundillo del arte. Y esto no es un ejemplo al azar. Esta obra existe y es de Martin Creed, un artista británico que fue galardonado con el prestigioso premio Turner en 2001.

Mas no todo el arte contemporáneo es Hamparte. El artista chino Zhang Huan creó, junto a su equipo de asistentes que consta de más de cien personas, figuras de Buda con veinte toneladas de cenizas de incienso recogidas de los templos. Estas esculturas efímeras tenían más de cinco metros de altura. La idea era que se deteriorasen con el paso del tiempo y de los agentes externos. Ante esto yo no diría que estamos frente a una obra de Hamparte. Para mí es arte y no necesito ningún texto que explique que esta escultura de Buda es un símbolo de lo efímero, de que hasta



la imagen que tenemos de los dioses puede desaparecer con el viento. Yo lo veo como el resultado de una meditación sobre la brevedad de la vida y los ciclos de destrucción y renovación propios del ser humano. No se trata de una idea nueva, ya que el acto en sí de destrucción de una obra hecha con tiempo y esmero lo encontramos, por ejemplo, en los mandalas realizados por los budistas: después de meses trabajando en una obra basada en motivos geométricos y realizada con arenas de colores, la llevan al río para depositarla entre sus aguas. También ocurre en España con las Fallas de Valencia, donde durante todo un año se fabrican monumentales conjuntos de esculturas de cartón piedra que son colocadas en las plazas de la ciudad para ser quemadas el día 19 de marzo. La obra llamada *Sydney Buda* fue expuesta frente a otra escultura idéntica a la primera pero con la cabeza cortada, descansando en el suelo y fue realizada en aluminio. Y aunque Zhang Huan basa su creatividad en la meditación sobre tradiciones rituales budistas, tibetanas y chinas, y a ojos de muchos esto parece ser suficiente para llamar arte a toda obra

que produce, este artista también ha realizado varios trabajos de Hamparte, como por ejemplo su *performance* en la que se da un paseo por las calles de Nueva York completamente cubierto con carne cruda. Las múltiples capas de carne produjeron contornos abultados y parecía un superhéroe desollado. Finalizaba la *performance* lanzando al aire una paloma blanca viva. Unas décadas más tarde veríamos a la cantante Lady Gaga con un traje de carne cruda en los MTV Video Music Awards.

Hay que aclarar que la palabra «Hamparte» no es un insulto: es una manera de definir las obras que cumplen con las premisas del *Manifiesto*. Y tampoco podemos confundir una obra de arte de baja calidad con una obra de Hamparte. Un cuadro de un principiante podría ser una obra de arte de perfil bajo y una obra que consiste en una fecha pintada en blanco sobre un lienzo negro es una obra de Hamparte aunque la haya realizado el artista japonés On Kawara, fallecido en 2014 y de reconocido prestigio en las élites de este mundillo. Este artista comenzó a realizar sus «pinturas de fechas» el 4 de enero de 1966 y consisten simplemente en pintar la fecha (por ejemplo, OCT.31.1978) del día en el que se ejecuta, en letras blancas simples sobre un fondo oscuro. No sé si alguien puede pensar que esta acción es tan extraordinaria como para poder considerarla como arte de primer nivel, pero parece que sí. Son muchos los museos de todo el mundo que han acogido sus trabajos a lo largo del tiempo. Desde el Museo de Arte Moderno de Nueva York, el Museo de Arte Contemporáneo de Los Ángeles, el Museo de Arte de Dallas y el Museo Guggenheim, entre otros. A mí me parece una idea tan simple, tan vacía, tan sencilla y tan ingenua que no puedo pensar en compararla con obras de artistas contemporáneos suyos como Francis Bacon o Louise Bourgeois. Y mucho menos aguantan la comparación con las obras de Goya o El Bosco. Para mí eso es Hamparte.

Estamos asistiendo al desarrollo de lo que entendemos como arte contemporáneo de una manera simplemente contemplativa. Pocas son las miradas críticas que nos hacen dudar sobre las

diferentes ramas de este árbol que crece ante nuestros ojos dando frutos muy sabrosos, pero también otros podridos. Aunque en este ensayo abordo el Hamparte sobre todo desde el punto de vista de la expresión plástica, también se manifiesta en muchas disciplinas como pueden ser la música, el cine, los videojuegos, etc. Pero esto lo veremos más adelante.

El talón de Aquiles de todo aquel que defiende cualquier cosa como si de una obra de arte se tratase es la ambigüedad del concepto «arte». Y esto es algo que el Hamparte no niega. Solo apunta a la reflexión sobre los objetos llamados «obras de arte» que se hacen valer sin que para su creación se requieran ni esfuerzo ni talento. La naturaleza del arte es ambigua, pero no el valor económico que se le da a los objetos como objetos mismos. Esta clase de arte, que puede ser hecha por cualquier persona de cualquier condición, sería suficiente para que nos planteásemos si su valor debería o no ser elevado. No entro en juicios conceptuales de qué puede o no ser arte. Claro que puede ser arte, pero sería un tipo de arte carente de valor económico y de simple solución intelectual. En este caso, Hamparte. El estándar de calidad de estas obras puede ser alcanzado sin necesidad de dedicar mucho tiempo a su concepción, sin contar con conocimientos previos respecto a técnicas y sin tener especiales habilidades para su ejecución, y es por esto que estaríamos frente a una pieza poco valiosa. No sería muy aventurado decir, entonces, que el valor económico de una obra recaería en la idea genial, o al menos trabajada conceptualmente, en el conocimiento sobre la técnica utilizada y en las habilidades y el esfuerzo propios y necesarios para que la obra se lleve a cabo con éxito. Imagínate esto mismo en otras disciplinas, por ejemplo en el campo de la arquitectura. ¡Cuántos edificios se habrían caído ya si tan solo una de estas premisas no se hubiesen cumplido!

Respecto a las ideas de Avelina Lésper sobre el arte V. I. P. (Vídeo, Instalación y *Performance*), son muy cercanas a las mías pero diferentes en su núcleo. Se puede decir que el arte es una

manifestación de la inteligencia humana. Aquí podemos caer fácilmente en una trampa filosófica: ¿qué es la inteligencia humana? ¿Era acaso más inteligente Quevedo que Kim Kardashian? ¿O son inteligencias distintas? Lo que en la práctica es evidente en el terreno filosófico es de difícil justificación, y es en ese borroso y oscuro terreno del pensamiento donde se defienden los hampartistas. Por otro lado tengo que decir que las continuas descalificaciones que realiza Avelina en algunas de sus intervenciones y la radicalidad al decir qué es y qué no es «arte» según su criterio imprimen a sus argumentos la misma validez que los que dicen justo lo contrario: «Esto es arte porque lo digo yo». Pues bien, yo no intento señalar si una cosa es arte o no es arte, sino cuál es el criterio con el que se le da valor al arte. Es aquí donde mi teoría cobra sentido, cuando expongo que el Hamparte no debería tener prácticamente ningún valor en el mercado. No se trata de negarle el valor intelectual, si se quiere. Pueden escribir largos textos justificando que un vaso de agua medio lleno es una reflexión sobre lo divino y lo humano. Claro que sí. Lo que digo cuando señalo una obra como Hamparte es que el valor económico de su concepto no está justificado en la materialidad de la obra. Esto no ocurre con los diamantes, por ejemplo. No dejan de ser piedras, pero su valor radica en lo difícil que resulta conseguirlas, en el proceso tan complejo que se requiere para su talla. No en vano Damien Hirst hizo su calavera en platino incrustada con ocho mil seiscientos diamantes perfectamente cortados y pulidos en un intento de unir estos dos conceptos, pero erró desde mi punto de vista, ya que su esfuerzo estuvo en la búsqueda de artesanos experimentados que lo realizaran. Lo único que él aportó fue el dinero y la idea, que por otra parte me resulta llena de lugares comunes y tiene similitudes con anillos y otras joyas que se han realizado a lo largo de la historia e incluso de las decoraciones que encontramos en figuras funerarias de otras épocas. *For the Love of God (Por el amor de Dios)* es el título de la pieza y tuvo un coste de producción en torno a los veinte millones de euros. El

precio de venta de esta obra de Hamparte fue de setenta y dos millones. Por la simple mirada del supuesto artista este objeto aumentó considerablemente su valor económico. La calavera fue adquirida por un grupo de inversión no identificado, aunque poco después se supo que uno de los integrantes de ese grupo era el propio Hirst. Yo creo que contribuyó a la compra de su propia obra por miedo a que todo el sistema hampartista se derrumbase. Entonces sí que podríamos haberle oído decir con cara de estupefacción: «¡Por el amor de Dios!».

La posibilidad de la comprensión de un concepto se encuentra en la capacidad intelectual de la persona que lo interpreta, es decir, que depende de los conocimientos o las diferentes experiencias vitales el que una misma cosa adquiera diferentes significados. Lo que para una persona puede ser la figura de un hombre gordo con cabeza de elefante y una rata a sus pies, para otra nacida en India representa al dios Ganesh. Por lo tanto hay que admitir que no se le puede asignar un precio al concepto. Se le puede asignar un precio a la obra, donde se manifiestan los conceptos del tiempo de realización, de la mayor o menor maestría en la técnica e incluso la calidad de la idea. Todos estos son los elementos determinantes que le dan ese valor económico a la obra. Por eso lo que se vende es la obra, o por llamarlo de otra forma, el objeto que contiene dichas premisas. Lo que pretenden los hampartistas es seguir vendiendo el concepto a precio de oro. El concepto no se puede objetivar porque inevitablemente necesita de una mente que lo interprete y esa mente no está en el objeto, sino fuera de él. Esa mirada se encuentra en el individuo que observa la pieza de arte, por lo tanto es ese individuo el que aporta dichos valores al objeto. Así pues, habría que pagarle una parte del valor de esa obra a la persona que la contempla o que la interpreta. Sin su contemplación no existiría la obra tal y como se pretende que exista. Por todo esto hay que admitir lo absurdo que resulta fundamentar el precio en el concepto. A la interpretación de alguien no se le puede asignar un precio. Lo subjetivo es

invaluable. La comprensión de la cosa no es algo que se pueda o no copiar o cuantificar. Por eso el verdadero arte es tan valioso. Son piezas únicas y de difícil ejecución. ¿Has probado a hacer algo parecido a *El triunfo de Baco* de Velázquez? ¿Podrías tú igualar tanto en técnica como en concepto uno de los autorretratos de Lucien Freud? Pero no te lo pongo tan difícil... ¿Has probado a dibujar con pocos trazos tal y como lo hacía Picasso?

Pongamos como analogía otra disciplina artística. Antes de que existieran las grabaciones la única forma que teníamos de disfrutar de la música era asistiendo a un concierto en vivo. Por lo tanto no solo resultaba algo extraordinario, sino que también tenía mucho valor y resultaba costosa su producción. Cuando se crea la escritura musical y un mayor número de personas puede interpretar una misma canción, inevitablemente el valor de la pieza en sí va menguando. Pero el cambio significativo ocurrió cuando se inventaron los artilugios necesarios para que la música pudiese ser reproducida en un lugar y en un tiempo en el que no era necesario que estuviesen presentes ni el autor ni el intérprete. Con la invención de los discos, los casetes y los CD el valor de la música pasó a ser igual a cero. Lo que se compra y se vende es el soporte que contiene esa música, no las canciones en sí. El disco se compraba una sola vez y lo escuchabas cuantas veces quisieras, incluso en compañía. A esto hay que añadir que diferentes tipos de música con valores distintos tienen en el mercado similares precios. Cuesta lo mismo un CD de una superproducción de Madonna que otro mal grabado y peor editado de algún artista *amateur*. No es la obra la que compramos, es el soporte. Y esto no es todo: las mismas canciones de Madonna en una edición diferente, con carátula de cartón y libreto con fotos exclusivas valen distintos precios. ¡Siendo en esencia el mismo producto!

Pero la verdadera revolución vino a finales del siglo xx. El acceso tanto a los medios de grabación como a los de reproducción y soporte era todavía más fácil. Podríamos decir que estaban

al alcance de cualquiera. A medida que se hizo posible la facilidad con la que se reproducía y copiaba la música, millones de canciones son disfrutadas, descargadas y compartidas sin necesidad de pagar absolutamente nada. Tanto es así que, en la gran mayoría de los casos, los músicos tienen que buscar su fuente de ingresos por otros caminos. Resulta paradójico que lo que menos valor tiene es precisamente la obra creada. Por eso los poetas no pueden vender sus poemas, solo pueden comercializar el libro que los contiene. Y con la red estas prácticas están ocurriendo a niveles inimaginables. Los poemas se copian y pegan en las diferentes redes sociales diariamente y el poeta no recibe nada por ello. Quizás los derechos de explotación de su obra en un soporte tangible, es decir, en un libro, están a su disposición, pero la patente no protege el concepto. Por lo tanto, si yo mismo decido comprar una obra de Hamparte y la reproduzco, esta debería costar el mismo precio que yo he pagado por ella. El concepto sería el mismo. ¿O no? Por esta sencilla regla, si yo decido adquirir la obra de Wilfredo Prieto titulada *Una de cal y otra de arena*, consistente en sendas montañas, una de cal y la otra de arena, cualquier persona podría «robarme» esta obra adquirida por mí sin que por ello tenga que tener conocimientos artísticos ni técnicos. Y posiblemente el costo de su obra sería el de varios sacos de cal y otros tantos de arena. Por no hablar de la cantidad de copias de esta obra que encontraríamos en las construcciones de todo el mundo.

El precio del Hamparte no está sujeto al valor conceptual, más bien tiene que ver con el libre mercado y las prácticas capitalistas. Usa el arte para justificar el alto valor de una pieza cuando dicha justificación es, a mis ojos, carente de sentido. Claro que tú puedes pagar millones de dólares por una cerilla apagada colocada en el suelo, pero no está justificado de ninguna manera y en todo caso sería Hamparte. Que alguien pague miles de euros por una cadena de latón no significa que mágicamente se convierta en una cadena de oro. Ante esta situación no me cabe más

que pensar en la venta de este tipo de obras como un acto de malicia o ambición desmesurada por parte del artista que las vende y de poca inteligencia por parte del individuo que las compra, si es que lo hace como arte y no como un simple objeto especulativo.

Pero ¿dónde empezó todo y por qué? ¿Cómo hemos llegado a este punto? ¿Hay luz al final del túnel?